

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Miércoles, 17 de Junio de 2009



TRIGESIMOQUINTO CAPÍTULO. CHICHÉN ITZA.

Francisco de Montejo no podía creer todo lo que sus ojos estaban contemplando. La ciudad muerta de Chichén Itzá se alzaba, majestuosa, ante las victoriosas tropas castellanas. El adelantado de Hernán Cortés no había contemplado semejante profusión de formas y elementos monumentales desde que dejó tras de sí la ciudad de Sevilla. Pero todo aquello que estaba contemplando, todo aquello que estaba seguro, ningún europeo, ningún hombre blanco había contemplado hasta entonces, todo ese festival armonioso y fantasioso que no eran sino la expresión de una cultura recién descubierta le produjo una profunda conmoción emocional y psicológica. Cualquiera de sus tenientes, cualquiera de sus soldados, cualquiera de los sacerdotes que acompañaban la última de las expediciones para conquistar la península del Yucatán, al sureste del actual México, cualquier miembro de la expedición podría compartir, siquiera en mayor grado, la fascinación que Francisco de Montejo estaba experimentando. El crepúsculo estaba iniciando su acto de presencia. El espectáculo que los españoles, con Francisco de Montejo a la cabeza, iban a contemplar, no tenía parangón en ningún lugar de los conocidos por los españoles.

Los últimos reductos mayas se habían refugiado para librar las últimas batallas perdidas, en la ciudad sagrada de Chichén Itzá. Esta ciudad fue abandonada definitivamente hacia 1194 d. C. tras las luchas entre los itzaes y los ejércitos de la ciudad de Mopayán. Esta ciudad se mostró muy superior a los habitantes de Chichén Itzá, y finalmente huyeron para asentarse en el Petén, región de donde eran originarios. Pero todo parece indicar que, al igual que por las mismas fechas, en Europa los cristianos peregrinaban a Santiago de Compostela, o a Tierra Santa, los antiguos itzaes lo hacían a la ciudad abandonada de Chichén Itzá. Sobre todo, porque la divinidad más importante de entre los mayas, el gran dios Kukulcán, creador del mundo y principal divinidad, a quien se debía rendir sacrificios propiciatorios para las buenas cosechas y evitar el fin de los tiempos, tenía el templo más importante en aquella ciudad. Penetrando en la mentalidad de los últimos mayas que intentaban retrasar la derrota frente a los invasores, es muy comprensible que el último reducto de resistencia se identificase con un elemento que resulta primordial para entender su cultura: la pirámide de Kukulcán. Además, el propio dios ya había vaticinado la llegada de nuevos dioses que reemplazarían la vida existente hasta entonces. Por ello, otras etnias mayas apenas opusieron resistencia, como tampoco los aztecas. Kukulcán es también conocido como La Serpiente Emplumada, y tiene su análogo en el azteca Quetzalcóhualt.

Los conquistadores, vencedores en la última batalla que se había producido horas antes, permanecían inanimados, alucinados ante el espectáculo que iban a contemplar durante los siguientes treinta minutos. El grueso de la tropa se encontraba frente a la principal cara de la pirámide de Kukulcán. Y el crepúsculo ya había comenzado su labor diaria. El Sol comenzaba a esconderse tímidamente, dando paso a la oscuridad. Pero a medida que ello se producía, uno de los efectos especiales más espectaculares de entre los que podían contemplarse en la época, efectos que hoy podríamos ver en las pantallas



del cine, iban a desconcertar por completo a los castellanos. Aquello haría pensar a Francisco de Montejo, que en realidad, aquello era la auténtica morada de los dioses de aquellos pueblos. Ni el adelantado ni sus tropas tenían consciencia de ello, pero para el pueblo maya, en aquella pirámide habitaba Kukulcán, la Serpiente Emplumada. A medida que avanzaba la puesta de sol, el efecto óptico que estaba siendo contemplado por quienes jamás hubieran imaginado que aquello pudiera llegar a contemplarse, se dejaba ver reflejado en la cara oeste de la pirámide. Los últimos rayos del sol incidían sobre el vértice noroeste y se desplazaban hacia el centro del lado oeste de la pirámide simulando de forma fantástica el reptar de una serpiente. Incluso el sonido del viento que se empeñaba en hacer sonar la vegetación que rodeaba a aquella ciudad abandonada parecían simular el sonido típico de la serpiente. La majestuosidad de aquella arquitectura, y ese efecto espectacular estaba causando más espanto entre la tropa castellana, que el que había causado las tropas mayas. En innumerables ocasiones recordarían todos y cada uno de aquéllos europeos, que habían

llegado a esas tierras en busca de tesoros, riquezas y aventuras, aquella maravillosa visión que no podrían encontrar en ningún lugar de su España natal.

Había caído ya la noche, y el adelantado había pensado en montar un campamento para descansar allí, y por la mañana muy temprano, continuar el recorrido final, pues aun quedaban dos ciudades menores por someter al dominio castellano. Entre sus soldados, había quienes habían sentido terror al contemplar tan magnífico ascenso a la pirámide de aquella sombra que a modo de serpiente había reptado hacia la estancia que se habría en su cúspide. Había quien se preguntaba si no iban a ser pasto de la furia de aquellos dioses o poderes que se habían atrevido a mostrarse ante los ojos del todopoderoso ejército castellano. La duda comenzó a surgir entre la tropa, y muchos comenzaron a desconfiar de la "buena suerte" que habían tenido hasta ese día las tropas de Su Majestad. Francisco de Montejo no lo adivinaba, pero estaba a punto de iniciarse una

rebelión en el seno de sus ejércitos. Ni los frailes dominicos, entre ellos, Diego de Landa, pudieron contrarrestar el sentir que se estaba generalizando. Los castellanos habían combatido su miedo cegando su mente con las leyendas de tierras ricas, de zonas vírgenes de inigualable belleza, y sobre todo, ansiosos de un botín que podía convertirlos en Grandes de España, como ya lo eran los Colón, o Hernán Cortés. La confianza en la voluntad divina, y la moral de la tropa, basada en esa mentalidad de conquista que se había prolongado desde la época de la conquista de Granada, antes de que Colón llegase a Guanahaní en 1492, habían contribuido sin duda, a que los castellanos afrontasen empresas tan inciertas y tan locas con un éxito tremendo. Fray Bernardino se empeñaba en convencer a las tropas de que Cristo había querido que la victoria fuera castellana, y que Castilla era un pueblo elegido para ejercer su función en el mundo, que no era otra sino la de conquistar a los paganos, enseñarlos en la religión verdadera, y civilizarlos. Sin duda, ninguno de los soldados había contemplado nunca un milagro hasta ese día. Porque, para la mentalidad castellana de la época, aquello de ver desplazarse una sombra sobre un templo imponente, era considerado como algo mágico, sobrenatural, y por ende, milagroso.

Juan de Riansares, un pequeño teniente que llegó al continente en los barcos de Cortés, que había contemplado la majestuosidad de la grandiosa ciudad de Tenochtitlán (la actual Ciudad de México) y que había vivido aquella noche de junio de 1520, la famosa *noche triste*, donde los castellanos tuvieron que huir y hubo una buena parte de la tropa que pereció en el río que rodeaba a la isla donde estaba asentada, se empeñaba en recordar precisamente dicho suceso durante las primeras horas de la noche. Juan de Riansares pensaba que los sucesos de ese día de junio de 1520 era la consecuencia de la furia de los dioses de aquellos paganos, a quienes se intentaba conquistar, con la teoría de que nuestra religión y nuestra civilización era superior a la suya.

Sebastián Carmona, un pescador de Barbate que se había alistado en la flota de la Carrera de Indias para conseguir participar de aquellas riquezas mitológicas, era el típico castellano asustadizo, atemorizado por el miedo a la muerte y a sufrir castigos en el purgatorio. Dudaba si realmente existían más religiones, y si acaso, la fe de Cristo no era la verdadera, o la única. Así, pensaba en que lo que habían presenciado al finalizar la tarde era un mal presagio, una señal, un aviso de lo que podría sobrevenir a la estirpe castellana que había llegado a tierras incógnitas. Así, poco a poco, el rumor, esa arma tan típicamente castellana, se fue propagando por todos y cada uno de los miembros de la expedición, llegando finalmente hasta el propio Francisco de Montejo.

Francisco conversó durante casi una hora con Fray Diego sobre la actitud que debían mantener para cortar de raíz todos aquellos rumores, que podían ser muy perjudiciales para la moral de las tropas, toda vez que necesitaban estar perfectas para afrontar las últimas batallas con garantías, en una guerra que estaba prácticamente ganada de antemano. Fray Diego fue bastante rotundo al respecto:

“Si aquella cámara que corona la pirámide es una estancia, usted y yo debemos pernoctar en su interior. Con ello cortaríamos de raíz todas las supersticiones y malos augurios que nuestros hombres han inflamado ante lo que hemos presenciado esta tarde. Estoy seguro de que nuestro Dios nos protegerá, y hará ver a los nuestros, que sólo nuestro Dios es verdadero, y más fuerte que cualquiera de las magias o supersticiones que pudieran aparecer. Don Francisco, si usted y yo pernoctamos en la pirámide, y como estoy seguro de ello, a la mañana no habrá sucedido nada, contrarrestaremos la señal que algunos consideran como profética de algo malo. Sería como una manera de decirles, de manera simbólica, que tanto el poder de Cristo, como el poder de Castilla, es superior a todas estas magias.”

Las dotes de orador, de buen orador, se dejaron deslizar en la conversación con la que Fray Diego pudo convencer a Francisco de Montejo para pernoctar en la pirámide de Kukulcán. No iba a ser cosa fácil subir los 24 metros de altura que tiene. Y sobre todo, y aunque ellos no lo querían hacer patente, también sentían bastante miedo ante lo que les pudiera suceder allí arriba. Los hombres no podían creer lo que estaban dispuestos a hacer tanto Francisco como Fray Bernardino. Francisco de Montejo dejó ordenado a su subordinado principal, Juan de Riansares, que si por la mañana después de amanecer no descendían de la pirámide, él se hiciera cargo de las tropas y avanzaran según se había previsto.

El fraile y el adelantado comenzaron el fatigado ascenso hacia la cima de esa montaña celestial ante el asombro y los gritos de ánimo de sus tropas, que los contemplaban a los pies del edificio. Ambos se animaban mutuamente, pero ante una ráfaga de aire, la antorcha que portaba el adelantado se apagó, lo que sirvió de excusa para descansar un rato mientras la encendían con la antorcha que portaba el fraile. Los rostros estaban ambos enrojecidos, cansados por tan gran esfuerzo como era el que estaban realizando, después de días de cabalgadas y combates. Al fin, casi una hora después, ambos habían alcanzado la cima y se dispusieron a explorar lo que allí arriba se encontraron. Efectivamente, había una cámara que tenía una puerta bastante alta y ancha, y que, quizá como consecuencia de su abandono, no estaba cubierta, es decir, estaba completamente en vano, abierta. Francisco y Fray Diego volvieron a sobrecogerse al contemplar todo lo que en su interior las llamas de sus antorchas pudieron reflejar.

- Algo me dice que lo que vamos a realizar esta noche, Padre, va a ser todo un sacrificio. Tengo la sensación de que esta noche vamos a dormir muy poco. -le dijo Francisco a Fray Diego.

- Estoy seguro de que sabremos aguantar este esfuerzo por el bien de Dios y de Castilla, pero yo también noto algo bastante extraño entre estos muros, entre estas paredes milenarias. Nadie en su sano juicio sería capaz de dormir entre estos muros, y ni siquiera, sería capaz de intentarlo.

Cuando las antorchas ya se habían apagado, cuando solo la luz platino de la Luna penetraba por la puerta de la estancia, Fray Diego comenzó a notar cómo el terror le atenazaba por completo. No quería comentarlo a Francisco, que disimulaba un sueño que realmente no quería soñar, o no podía como bien había comentado anteriormente. El fraile, horrorizado, contempló cómo una sombra alargada avanzada muy tímidamente a ras de suelo, reptando, hacia donde reposaba. No quería advertirlo, pero vio cómo dos puntos verdes, dos esmeraldas muy pequeñas se situaban en la parte delantera de aquella sombra. El fraile estaba horrorizado por completo. Francisco, como si adivinara de repente todo lo que le estaba sucediendo al clérigo, comenzó a gritar a Fray Diego, y lo agarró del pecho, y lo agitó con todas sus fuerzas. Bernardino estaba fuera de sí, estaba inconsciente, como en otro mundo. No era capaz de responder. Entonces, Francisco se miró su mano izquierda, con la que se acababa de apoyar sobre el suelo. Y comprobó que se había manchado de un líquido que no acertaba a adivinar qué era. Salió de la estancia sin perder de vista al fraile, y a la luz de la luna contempló aquel líquido rojo que le chorreaba por el brazo. Era sangre. Entonces, miró en dirección a su campamento, allí no había nadie. Nada que hiciera siquiera sugerir que allí se asentaban las tropas castellanas. Francisco regresó al interior de la estancia, pero ya no estaba allí Fray Diego. Agarró una de las antorchas e intentó prenderle fuego sin éxito. Pero de repente, súbitamente, y como si algo o alguien así lo hubiera planeado, la antorcha se encendió. Francisco no pudo sino desencajar aún más su rostro. Ante él se apilaban una enorme

fila de calaveras ensangrentadas que parecían constituir una forma concreta: una serpiente. Cuando miró al suelo, comprobó que había un rastro, unas huellas, que no podían ser sino la de las suelas de cáñamo del fraile. Francisco volvió a asomarse para encontrar alguien de su campamento y buscar ayuda para encontrar al fraile, pero no encontró nada en absoluto. De hecho, una espesa neblina estaba comenzando a cernirse sobre los alrededores de la pirámide de Kukulcán.

Francisco decidió armarse de valor y adentrarse siguiendo el rastro de esas huellas de cáñamo. Los pasadizos y pasillos, a cada cual más asfixiante y más desmoralizador hacían sentir a Francisco como a una hormiga inserta en un enorme hormiguero. Francisco no previó la posibilidad de no salir de allí, pero confiaba en su buena suerte, como todo castellano de la época. Finalmente, llegó a una cámara interior, una estancia bastante decorada donde las huellas de Fray Diego, supuestas huellas, ya no tenían continuidad. En esa habitación encontró una enorme mesa, o un púlpito, hecho en piedra, de la misma roca utilizada para levantar toda la pirámide. Su superficie estaba completamente cubierta por esa sustancia roja que antes le había chorreado por su brazo, era sangre. Cuando alzó la vista, al fondo, cinco soldados mayas, soldados ataviados de la misma forma que los que había vencido horas antes, parecían encabezar una marcha procesional. Transportaban a hombros una especie de arca. Sobre el arca, una Serpiente Emplumada, animal mítico que nunca se había visto hasta entonces. Francisco pudo comprobar cómo aquella serpiente se alimentaba de la sangre que se derramaba, o emanaba inexplicablemente de aquella piedra, y como se deslizaba con gusto, como si aquello le produjera un placer inmenso. La antorcha volvió a apagarse y Francisco decidió iniciar el camino de vuelta, intentando recordar los pasillos que había utilizado para llegar hasta donde se encontraba. Y a fe que lo hizo a buena marcha.



Por la mañana, Francisco despierta en su tienda de campaña, justo en el centro del campamento. A su lado se encuentra Fray Diego de Landa, que le cuenta todo lo que sucedió: nada. “Pasamos la noche muy tranquila allí arriba. La verdad es que don Francisco, se ha portado usted muy bien. Yo no recuerdo que haya sucedido nada extraordinario allí arriba, me da la sensación de haber estado durmiendo toda la noche. Pero usted, usted ha dormido más, fíjese que ya casi es media mañana. No he podido despertarlo, y por supuesto, he tenido que pedir ayuda a algunos de nuestros hombres para poder bajarte de allí. En fin, nuestros hombres ya no tienen ningún temor por lo que vieron ayer.”

A buen seguro que ahora le que lo tenía de verdad era Francisco de Montejo. Él si recordaba todo lo sucedido. Y bien se lo podía haber contado a Fray Diego, dada su condición de Padre, pero prefirió guardar silencio. Todo había sido demasiado increíble y macabro como para contarlo. Decidió la partida de Chichén Itzá de forma inmediata. Los planes pasaban por fundar un asentamiento en dicha ciudad, pero Francisco se negó en rotundo. Y a día de hoy sigue Chichén Itzá sin ser habitada. De hecho, desde la estancia de los españoles, no se tienen noticias de Chichén Itzá hasta la llegada del arqueólogo Thompson en el siglo pasado. ¿Puede que el recinto sagrado de Kukulcán se defendiera ante su posible profanación? Eso es algo que solo pudo saber Francisco de Montejo. Y se lo llevó a la tumba.

Los acontecimientos narrados en esta historia son ficticios, excepto los que tienen que ver con los datos históricos, pero no los del relato en sí. Espero que les guste. Un saludo a todos de Vk.

ESTE RELATO ESTÁ DEDICADO A MIGUEL ÁNGEL Y A MARISA, QUE ME DEBEN UNA COSITA RELACIONADA CON LOS MAYAS...